

Nº 50
27 Marzo
1927

PÁGINAS
DE
EXTRAORDINARIAS
El Día Gráfico.



Los grandes cuatros
de los
Museos Españoles
Retrato de hombre por
Alberio Durero
Museo del Prado



Las iglesias pirenaicas
La iglesia de Bosost en
el Valle de Arán

La novela del domingo

LA SEGUNDA JUVENTUD

por FRANCISCO CARAVACA

I
Don Tusciano puso el pie en el umbral de la puerta del Ministerio, y contando los pasos, cuidando de no pisar las juntas de las losas, entró erguido, soberbio en su actitud. En aquel momento sonaban las nueve.

Seguía por los pasillos, desiertos en aquella hora temprana. Aun no habían llegado los empleados. Sólo un ordenanza sonoliento estiraba sus brazos y abría la boca en una absurda gimnasia sueca incomprendible. Al pasar don Tusciano gruñó de un modo cortés, delicado, un gruñido especial para jefes; incoherente, es cierto, pero sonoro y eufónico por demás.

Un gruñido muy distante de aquél otro que solía emplear para saludar a un empleado de tres mil pesetas con descuento... ¡Aun hay clases!

Don Tusciano entró en su despacho; soltó el gabán y el sombrero en la percha, y se sentó. Puso orden en los papeles de la mesa y abrió los cajones. En su frente se dibujaba una arruga vertical, honda; una arruga que era como el hachazo de una grave preocupación que torturaba su mente.

De uno de los cajones sacó un retrato. Lo contempló largamente, durante unos segundos, y la arruga de su frente se desdobló, se disolvió; pero bien pronto reapareció más fuerte, más intensa, más honda.

¿Qué le sucedía a don Tusciano Perogrullo y Amén, a aquel hombre honrado, para sumirse en tan negra desesperación?... He aquí, en pocas palabras, lo que afligía el alma de este hombre, modelo de probos funcionarios del Estado y de netos españoles.

Don Tusciano Perogrullo y Amén había nacido en Getafe, pueblo que, por su proximidad con los madriles, será harto conocido de nuestros lectores. Esto le damos a título de dato histórico.

Don Tusciano había pasado toda su vida al servicio del Estado, desde su humilde pupitre de pasante, a los primeros años de su ingreso en la Hacienda española, y desde su mesa-despacho más tarde, cuando sus relevantes servicios le hicieron merecedor de más altos puestos, dentro del escalafón de funcionarios del Ministerio de Hacienda.

A los cuarenta y cinco años, y después de veinte de servicio, don Tusciano fue nombrado jefe de negociado de segunda clase, con lo cual queda dicho que su soltería sempiterna quedaba ya asegurada. Porque don Tusciano, aunque esto parezca paradójico y extraordinario, aparte de alguna que otra aventura de fácil acceso y de más fácil desenlace todavía, no había tenido jamás amores serios de ninguna clase.

Era una especie de apocamiento el suyo, tal su indecisión al tratar con el bello sexo, que más de una vez había sido el objeto de las mortificantes chanzonetas de sus compañeros de departamento, que se burlaban ante sus propias y respingadas narices, en uno de cuyos lados se hallaba adosado un suculento lobanillo tamaño de una cereza de las regulares.

¿Pero qué le iba a hacer el pobre si se atemorizaba como un colegial tímido, ante los ojos chispeantes de cualquier modistilla retrechera y traviesa?... ¡Nada, que no podía ser! Las mujeres le causaban un miedo indecible.

Júzguese, pues, del asombro de su inseparable amigo don Romualdo Palotes y Tal, un mujeriego empéndero y socarrón, cuando cierta mañana, don Tusciano le llamó a un amistoso aparte para hacerle confidente de su gran secreto, del gran secreto de su vida.

Don Tusciano Perogrullo y Amén, se había enamorado como un botarate, pues no recuerdo si fué Aristóteles o Muñoz Seca, quien dijo en cierta ocasión, que sólo se enamoran los tontos y... los que no lo son.

—¡Pero qué me dice usted, hombre de Dios!... ¡Pero es posible? ¡A su edad!... ¡Vamos, vamos! ¡Usted se burla de mí, querido don Tusciano!... —exclamó don Romualdo, sorprendido por tan brusca y extraña revelación.

—¡Hombre, yo creo que no soy tan viejo, que digamos!... ¡Dígame algo amoscado don Tusciano!... ¡Todavía puedo!...

—¡Ya, ya...! Pero si es la sorpresa... ¡Vaya, vaya con don Tusciano! ¡Quién lo había de decir que ahora...! ¡Déjeme usted que me ria! ¡Tiene gracia la cosa...! ¡Ja, ja! ¡Bueno, hombre, bueno, más vale tarde que nunca! Y ¿quién es esa preciosidad de criatura que le ha sorbido el seso?... Porque no hay que negar que está usted, pero que mochaes por la dama... ¡Ja, ja, ja!...

—¡Don Romualdo! ¡No se ría usted, por lo que más quiera, que esto es una cosa muy seria! —gesticuló don Tusciano, corrido ante las mofas de su cofrade—. Mire usted que me encuentro en un gran compromiso, muy grave, muy grave...

—¿Qué va a ser grave? ¡Quiá, no señor! Usted me dice en seguida quién es la agraciada que ha conseguido trastornar su cabeza, y yo mismo le puedo servir de padrino. Eso, no tiene importancia... ¡Que caramba, para algo han de servir los amigos! ¿No?... De modo que venga, ¿quién es ella?...

Y entonces don Tusciano Perogrullo y Amén, sacó del envoltorio de su corazón una buena copia de confidencias, que fué depositando tiernamente en el seno de la confianza de su buen amigo don Romualdo, con aquella su timidez característica; entre rubores que arrojaban aún más su voluminoso apéndice nasal, y entornando los ojos dulcemente.

Ella, era una vecinita de su escalera: una auténtica preciosidad de muchacha de diez y ocho años, y con unos ojitos negros, que quitaban la hipocandria y la hiperestesia más contumaz.

Hacia ya algún tiempo que Carmencita, que así se llamaba aquella joya ambulante, vivía en la casa; pero don Tusciano no había reparado en ello hasta cierta mañana que se tropezó con ella en la escalera, y que el perfume que desprendía la chiquilla le hizo quedar turulado. Aquella mañana, en la oficina, don Tusciano, por nonagésima nona vez en su vida—estaba muy seguro de ello—se equivocó un sinnúmero de veces, y sobre las letras cursiva y redondilla de los expedientes, estuvo viendo flotar el cuerpillo airoso de la muchacha, en tanto que sus narices seguían aspirando con fruición el ambrosiaco perfume de la hermosa Carmencita.

Alguna otra vez se cruzaron en la escalera; se saludaron y el pobre de don Tusciano, llegó a perder el apetito—primer síntoma de la idiotez—y más tarde, el sueño; evidencia absoluta de la idiotez. Estos síntomas no fallan nunca. Noche y día se pasaba pensando en Carmencita, y hasta llegó en un momento de arrebatado del que ni aun los más lerdos están libres, y del que Dios nos guarde, como de comer carne congelada, a componer unos versos, que si mal no recuerdo, empezaban así:

«Dulce Carmencita, yo te adoro», y terminaban con otro con-

sonante que no era precisamente el de «moro», pero algo así como «tesoro», sobre poco más o menos.

Pero, ¡ah! burlesca ironía de la vida que haces a tus súbditos juguetes de tus veleidades...! Don Tusciano Perogrullo y Amén, aquel hombre íntegro a carta cabal, que hubiera sido feliz con aquella deliciosa chiquilla de ojos negros, veía interponerse toda una nube de imposibilidades ante su dicha, como un carro estancado en un bache de la carretera. Este supremo inconveniente que se oponía tercamente a la realización de sus dorados y burocráticos ensueños otoñales, era su calvicie absoluta, total... Ustedes no pueden imaginarse lo que era su calva reluciente como una pista de patinar, sin rastro de vegetación, que es lo mismo que si decimos sin un pelo, sin uno solo; monda y lironda su cabeza, como un calabacín de regulares dimensiones.

Grande fué la odisea de este justo varón, grandes sus aprietos para ocultar, para hurtar a la mirada de los conocidos su lisa superficie craneana, como un ladrón que tuviese que huir de la justicia, porque don Tusciano tenía por su felicidad; tenía que lenguaraces viperinos contasen a la que soñaba con conducir al tálamo nupcial, y a su respetable madre, su grave defecto capilar. Por ello, don Tusciano había reducido su «flirteo» con la chiquilla, a simples coloquios ventaniles, esto es, de ventana a ventana, y permaneciendo eternamente con el sombrero puesto, so pretexto inverosímil de una urgente salida, que por lo común se prolongaba algunas horas. La chiquilla, que no era zafia, no se mostraba huraña con nuestro héroe, y oía un tanto complacida los chicleos del buen señor. Tampoco la madre, que era sabidora de este noviazgo en germen, se presentaba adusta, y una vez que don Tusciano y la señora Aniceta se tropezaron en la escalera, la mamá le saludó muy cariñosamente. Y don Tusciano que ante estas demostraciones de afecto vió el cielo abierto, se sintió repentinamente precipitado de aquellas alturas al abismo de la prosaica realidad. Y esta realidad era su calva. Se vió perdido, irremisiblemente perdido. Pero don Tusciano que no tenía ningún pelo de tonto, ni listo, absolutamente ninguno, calculó que aquello no podía continuar así, que había que poner inmediatamente remedio, porque jamás, jamás se decidiría a decir nada en serio a Carmencita con aquella cabeza.

Y he aquí que como no era cosa e quitársela para hablarla, don Tusciano se lanzó a la busca y captura de toda suerte de específicos habidos y por haber, con la esperanza de que le creciese el cabello. Pero ¡ah! fatalidad!... todo inútil: su masa cabezotal seguía libre de toda vegetación, sin que hubiese fuerza humana para hacer surgir un pelo.

—Ya ve usted—terminó quejumbroso don Tusciano—como no es cosa de risa, don Romualdo sino muy serio... Yo no puedo casarme con Carmencita siendo tan calvo. Me moriría de vergüenza si esa muchacha lo supiera. Usted que es tan bueno amigo mío, mi único amigo, ¡sáqueme de este apuro!... ¡Dígame que debo hacer!...

—¡Carape, carape! La cosa es grave, mi querido don Tusciano. Esto es un gran inconveniente. Pero ¡qué diablo! ¡Valor! Ya veremos de encontrar solución a este problema. Cosas más difíciles se han visto... ¡Nada, hombre,

nada, ánimo! No se apure usted que ya veremos de salir adelante del aprieto... ¡Pero caray, caray! ¡La cosa es grave!...

Y don Romualdo se rascaba el lóbulo de su oreja derecha, signo indubitable de una gran preocupación.

—¡Ah don Romualdo! ¡Sálveme usted de este apuro, y yo le prometo que el primer hijo que tenga le pondré de nombre Romualdo, como usted... Pero ¡sálveme, y mi gratitud será eterna!...

Y don Tusciano, a su vez, decía esto con tal acento de dolor que su amigo, no queriendo desesperanzarle le dijo por último:

—Nada, hombre, nada; ya veremos, ya veremos...

II

En el viejo reloj de la oficina sonaron las dos de la tarde. E inmediatamente, en todos los departamentos del Ministerio de la Hacienda, armóse un barullo de cajones que se cierran, de puertas que se abren, de bastones que golpean el entarimado de los pasillos, y toda una legión de señores que formando grupos comienzan a desfilar.

De los últimos que salieron del gran edificio, fueron don Romualdo con su eterno gesto de hombre aburrido, sin prisa, y don Tusciano, que hacía cabalgar sobre su gordezuela nariz sus lentes de concha. Cogidos del brazo los dos amigos descendieron la acera de la calle de Alcalá, llena a tales horas de oficinistas, y al llegar junto a un bar de la Puerta del Sol, se detuvieron.

—¿Hace un vermuth, don Tusciano?—preguntó don Romualdo con su gesto de abulia.

—¡Hombre... por mí... No tengo costumbre...; pero, en fin, sea. Por una vez.

Entraron. Don Romualdo se dirigió a una mesita.

—Sentémonos—dijo.

Don Tusciano miró el reloj. —Un momento tan sólo ¡eh! Mis costumbres... Yo como a las dos y media en punto...—dijo con tono apocado.

—Siéntese, hombre, siéntese... Si le traigo a qué, y a sabiendas le hago romper con sus hábitos, no es a humos de pajas... Tengo que hablar muy seriamente con usted.

Se sentaron: don Tusciano esperó impaciente.

—Vamos a ver—comenzó don Romualdo, dando una palmadita en el muslo a su amigo—¿cómo está el asunto de la niña? ¿sigue usted en sus trece?... ¡Hay casorio o no le hay?...

—¡Pero hombre, qué preguntas hace usted! ¡Demasiado conoce mi situación! Usted sabe que...

—¡Nada! ¡Tonterías! Pero don Tusciano, parece mentira que un hombre como usted, haga caso de esas nimiedades... Usted tiene figura, arrogancia, un porvenir y unas pesetas... ¿Qué pide usted más?...

—Pues un poquito de pelo tan sólo, no me sentaría mal... Porque vamos a ver: ¿a dónde voy yo con esta calva?...

Don Romualdo le miró sorprendido, y exclamó:

—¡Pero venga usted aquí! ¿Está usted firmemente decidido a casarse con esa muchacha?... Responda, ¿sí o no?...

—Yo... hombre...

—¿Sí o no?... Sin términos medios.

—Pues sí.

—¡Decidido?...

—¡Decidido.

—¡Firmemente!...

—¡Firmemente.

—Pues nada; la cosa está ya resuelta. Mañana se va usted a París, y dentro de dos meses a casarse. ¿Hace o no hace?...

—¡Hombre! ¡Claro que hace! Pero... ¿qué demonios quiere usted que haga yo mañana en París?...—preguntó atemorizado don Tusciano.

—Ya se lo explicaré. Pero antes, dígame usted con entera franqueza: ¿Usted tiene dinero?...

—Dinero, dinero... Lo que se dice dinero. Algunas pesetetas; poca cosa.

—¿Cuántas?...

—Pocas; de quince mil no pasan.

—Bueno; hay suficiente.

—Pero a todo esto, no me ha dicho todavía lo que tengo que hacer en París.

—Es muy sencillo. ¿Conoce usted a Voronoff?...

—No, no tengo ese honor...; pero, aguarde usted... Voronoff, Voronoff! ¡Ah, sí, hombre, sí! Le ví el año pasado en la Zarzuela. ¡Estupendo! ¡Maravilloso! ¡Sublime!... Pero le confieso que me da un poco de miedo...

—¿Pero qué está usted diciendo? ¿Voronoff en la Zarzuela?... ¡Usted delira, mi amigo!...

—No señor, no deliro. Voronoff el célebre hipnotizador...

—Le repito que delira y cono-

—No lo diga en ese tono tan tima. ¡No querrá usted decir, Onofroff, que no es lo mismo?...

—¡Ah, pues tiene razón! Yo creía... Pero, en fin; usted me tranquiliza...

—¡Dios mío, qué cándido es usted! ¿De verdad no ha oído usted hablar de las glándulas intersticiales, del sistema rejuvenecedor del doctor Voronoff?...

—No; le aseguro...

—Bueno; vamos a lo que nos interesa. Usted es calvo, ¿no es cierto?...

—¡Ah! Muy cierto...

—No lo diga en eseto no tan lastimoso. ¿Usted quiere dejar de serlo?...

—¡Pues ya lo creo! Es lo que más deseo en el mundo.

—Bien; usted hace un viajecito a París; se presenta al Doctor Voronoff y que le rejuvenezca. Porque, vamos a ver: ¿qué edad tiene usted mi querido don Tusciano? preguntó don Romualdo.

—Hombre. En marzo cumpliré los cincuenta y cuatro—respondió don Tusciano medrosamente.

—¡Claro! ¿Ve usted? ¡Cincuenta y cuatro! ¡Eh! Ella diez y ocho y usted... ¡ya no!... ¡Me comprende?...

—¡Toma! ¡Pues es verdad! No había caído en la cuenta...

—Y tanto que no. Mire mi amigo; a usted le conviene ver sin pérdida de tiempo a Voronoff. Los resultados ya los conocerá usted pronto... Tendrá usted pelo... y juventud; créame, es mi mejor consejo.

Don Tusciano, quedó meditando algunos momentos. Por fin dijo:

—Bueno, lo pensaré. Pero, dígame usted, don Romualdo: ¿en qué consiste esa operación?...

—¿No me moriré?...

—¡Quiá, hombre! Nada de eso. Si es muy sencillo, don Tusciano, el doctor Voronoff, ha descubierto un procedimiento para dar el vigor de los veinte años a las personas de cincuenta y sesenta y aún más edad... Consiste en la aplicación de ciertas glándulas intersticiales...

—Pero ¿glándulas? ¿De quién son esas glándulas?... —exclamó don Tusciano, sintiendo que un escalofrío le recorría todo el cuerpo, como si ya se estuviese viendo sobre la mesa de operaciones del doctor Voronoff.

—¡Pues hombre! ¿De quién van a ser?... De animales antropoides.

Don Tusciano, había estudiado allá en sus floridas mocedades algo de Geometría, y recordaba perfectamente lo que era un tra-

pezoide. Pero no le cabía en la cabeza lo que eran antropoides.

Confusamente, exclamó:

—¿Qué animales tan raros deben ser esos!...

—No, nada de eso. Los animales que se llaman antropo des es por el parecido que guardan con el hombre; y usted ya sabe que el estudio del hombre se llama Antropología.

—¡Ah, ya! Me había usted asustado... Bueno; y ¿eso será muy caro?...

—Yo me lo he no; pero todo depende de lo enanorado que esté usted de Carmencita. ¡Qué caray! ¡El que algo quiere, algo le cuesta! ¿No?.

—Tiene usted razón... La cosa me hace pensarla detenidamente. En fin, veremos.

Y ambos amigos se levantaron y salieron del Bar. Don Romualdo se marchó hacia su casa, y don Tusciano hizo lo propio, aunque llevaba el espíritu lleno de turbación y de amores.

Ya hemos dicho anteriormente que nuestro burocrático amigo D. Tusciano Perogrullo y Amén, se hallaba en los límites de la estupidez, o lo que es lo mismo, que había perdido el apetito, a fuerza de torturarse el magín pensando en Carmencita y en su voluminosa y rutilante calva. Así, pues, cuando la criada le sirvió el suntuoso cocido, don Tusciano lo rechazó con homérico gesto, y sin probar bocado se encerró en su habitación. Tumbóse en la cama, para ver de resolver algo sobre su aflictiva situación, y el pobre pasó muy mal rato...

De una parte, veía la planicie hirsuta de su cabeza despojada; de otra, los instrumentos quirúrgicos, que aunque don Tusciano no era ningún ser pusilánime ni mucho menos, no por eso dejaba de inspirarle un secreto temor.

Al cabo de unas dos horas, nuestro amigo había tomado una firmísima y olímpica resolución. ¿Cómo fué?... Sencillemente: don Tusciano habíase dormido, y había tenido un sueño, un sueño digno de los héroes de la antigüedad. Había soñado, que en una espaciosa sala de blancas paredes esmaltadas, había una descomunal bala za, sobre cuyo lacillo de reluciente metal, se veía interminable serie de instrumentos de tortura, que le aguardaban para la horripilante operación de su rejuvenecimiento y desarrollo capilar; y en el otro, como un enorme queso de bola capaz de alimentar a toda la Rusia familiar, su cabeza sin un pelo, lisa como la palma de la mano... Y allá en el fondo de la sala, surgía vaporosa la figura divinamente burlesca de Carmencita que parecía decirle: «¡Anda riquín! ¡Decídete!»

Don Tusciano tuvo un gesto de verdadero heroísmo, y como un náufrago, siempre en sueños se abrazó animosamente a la balanza de los instrumentos de tortura, y el platillo de los bisturries descendió rápidamente... Don Tusciano también había descendido: un violento golpe recibido en la mitad de su desarrollada cabeza, le despertó de su pesadilla, y se halló en el suelo bañado en sudor.

Fues bien; aquel golpe providencial fué la demostración patente de la firmeza de su decisión. E inmediatamente, cepilló sus ropas, y se lanzó a la calle. Media hora más tarde, en la ventanilla del Banco, don Tusciano etiraba sus diez y siete mil y poco de pesetillas, fruto incólume de sus veinticuatro años de Ministerio, y temblando como un azogado, se dirigió a la casa de su entrañable amigo don Romualdo, quien se maravilló de verle llegar a tales horas.

—¿Qué se le ofrece, mi querido don Tusciano a estas horas?—le preguntó extrañado. —Que me he decidido, don Romualdo, que me he decidido!—replicó nuestro hombre lleno de infantil emoción.—Esta mañana salgo para París. Haga usted el favor de darme las señas del Doctor Voronoff.

—¡Ja, ja, ja! ¡Y qué ocurren

cias las suyas, don Tusciano de mi alma... ¿Cómo quiere usted que yo sepa las señas de ese señor, si yo no conozco París, si no sé sino lo que dice «La Voz», eso, es, que el doctor Voronoff, está ahora en esa capital. Mire, mi amigo; usted llega allí, que ya le encontrará... Conque, hasta la vista y buena suerte...

Se dieron un abrazo, y aquella misma noche, don Tusciano Perogrullo y Amén, jefe del Negociado de segunda clase del Ministerio de la Hacienda pública, se hallaba sentado en un confortable segunda Madrid-Bacelona, volando hacia París, embriagada su alma candorosa e impoluta de burocráticos y sentimentales idealismos...

III

Un rechinar de los topes, un murmullo ensordecedor de gentes congregadas bajo la bóveda en campana de la estación, y hete aquí que don Tusciano Perogrullo y Amén, se encuentra ya en París, el mismísimo París que tantas veces viera retratado en las postales de los escaparates de las librerías españolas.

A nuestro inclito varón le parecía un verdadero sueño aquella evidente realidad, y ello no tiene nada de extraño si se considera que, desde que se hubo acomodado en su modesto y segundón departamento del convoy a la salida de Madrid, nuestro héroe no había hecho otra cosa sino dormir como un bendito. Así, pues, no es raro que don Tusciano se quedase como quien ve visiones al descender del vagón y toparse con aquella inmensa muchedumbre que hablaba a grandes voces un extraño lenguaje, verdadero enigma para el esclarecido número de nuestro burocrático amigo.

A pesar de ello, don Tusciano Perogrullo, entregó su ligerísima maleta a un «facteur» de la estación, quien sabedor de su oficio, la depositó tranquilamente en el pescante de un risible fiacre de la época de Rocambole, y después de cambiar algunas palabras con el cochero en aquella endemoniada jerga, tendió diestramente su diestra y con gran destreza le sacó cinco francos a don Tusciano que los dió sin rechistar, aunque tanta destreza le «destrozaba» el corazón.

Y ya instalado en aquella especie de palafito prehistórico, el carruaje atravesó medio París, y le condujo a un modesto hotel de tercera, en el barrio Clichy, muy en armonía con las necesidades de nuestro héroe y con sus recursos económicos. El dueño, que por una casualidad era un valenciano de pura cepa, le aposentó debidamente en aquella destaralada covacha y se hizo cargo de la elevada misión que conducía a don Tusciano a la gran «Ville Lumière».

A la mañana siguiente, acompañado de un muchacho que conocía algunas palabras de nuestro idioma español, lanzóse don Tusciano a la calle, dispuesto a dar con el paradero del doctor Voronoff, costase lo que costase. Y, aunque parezca paradójico, el ánimo del digno representante de la Hacienda española, no desmayaba ante la idea de una peligrosa operación quirúrgica. Bien dijo el poeta «Juventud, juventud divino tesoro...!» Y aunque don Tusciano Perogrullo, materialmente considerado no era ya un pollo ni mucho menos, sino más bien un gallo con agudos espolones, su alma, verdadero tesoro de infantiles entusiasmos, se entreabría de gozo al recuerdo de aquella preciosidad de criatura morena que, tan pronto como se operase el milagro de su metamorfosis física, sería el encanto de su sedentaria existencia. ¡Ah!—se decía don Tusciano dan o grandes respaldos, capaces de derrumbar el Palacio de la Bolsa—la vida es breve y efímera...»

Y terminaba su soliloquio filosófico, lanzando por sus grandes ojos saltones llamaradas de pasión, como si ya corriese por sus

venas el vital licor que había de embriagar su vida...

Cuando hacía cosa de una hora y media que don Tusciano Perogrullo y Amén, aguardaba en la antesala de la Clínica del doctor Voronoff a que éste le recibiese; y cuando ya había mirado y remirado con ese secreto terror de los profanos la magnífica colección de fémures, peronés, cráneos y tibias que se hallaban expuestas en la vitrina de aquel gabinete de espera, que era como un exquisito preparatorio para el tormento definitivo, nuestro buen amigo se sentía helado al mirar las cuencas vacías de aquellos terroríficos cráneos; al ver tanta tibia, se sentía tibio. El espectáculo era para entibiar al más igneo de los mortales que tuviese el ardimiento para poner los pies en aquel antro de muerte.

De repente, una puerta que se abre, y un joven rubio como Adonis (suponiendo que Adonis fuese rubio), vestido con un largo blusón blanco, muy parecido al que suelen usar los dependientes de Ultramarinos en España, que le dice en un meloso francés:

—«Entrez vous, monsieur»...

Don Tusciano se queda con la boca abierta, y el joven rubio, con la más «charmante» de sus miradas a nuestro hombre que penetra en el despacho, que el doctor Voronoff le aguarda.

Y, más muerto que vivo, don Tusciano traspasa aquel dintel de la puerta y se encuentra ante un anciano de venerable aspecto que le saluda en legítimo castellano, aprendido sin duda en el Puente de Vallecas. ¡Es el doctor Voronoff, la gran figura mundial, el benefactor de la Humanidad, que ha causado el asombro, no solamente del Occidente civilizado, sino también del Oriente, incluso de Damasco, con sus eutrapélicas elucubraciones rejuvenecedoras!...

—Gracias sean dadas, a Dios, que encuentro quien habla cristiano! ¿Es usted español, señor Doctor?... pregunta nuestro hombre satisfecho de veras ante aquel gran ser.

El doctor Voronoff aupa sus lentes sobre el lomo de su pequeña nariz de pico de cuervo, y después de esta operación le contesta muy seriamente:

—No señor, no soy español. Usted comprenderá que los momentos son preciosos, y yo desearía que me dijese qué es lo que le trae en busca de mis servicios.

—¡Ah, señor doctor!—exclama don Tusciano, y por segunda vez en su vida, y apurando la paciencia del sabio cirujano, ábrele su pecho rebosante de ternura y entusiasmo, como un puchero hirviendo a borbotones, y le cuenta su odisea y sus amores. Le dice quién es su dulce Carmencita, aquella morucha que le ha puesto en un brete, y lleva su debilidad hasta confesarle al doctor Voronoff que en cierta ocasión le hizo unos versos muy medianos. El doctor Voronoff le mira sonriendo despectivamente, como si se encontrara ante un chimpancé de guardarropa, o como si en lugar de un cuadrumano antropoide le hubiesen tratado de endosar un cuadrúpedo de largas orejas. Y atajándole en sus planes le dice muy severo. Indudablemente lo de los versos le ha hecho desmerecer en el ánimo del sabio doctor:

—Bien, caballero. Me doy perfectamente cuenta de sus pesares, y yo procuraré aliviar sus penas. Vuelva usted dentro de tres días y haremos la operación. Usted no ignorará seguramente que se trata de una operación peligrosa, y... —¿Qué, señor doctor, qué... —exclama angustiado don Tusciano.

—Que yo no sé si usted tendrá el suficiente valor para soportarla. ¿Es usted hombre de valor?... —pregunta con cierto sarcasmo el doctor, empezando su operación quirúrgica por medio de aquellas horribles cuchilladas al honor de don Tusciano.

Pero nuestro hombre ha caído en el éxtasis; en aquellos momentos su alma, procto inmaterial adosado a su cuerpo, se remonta a las regiones etéreas, al Olimpo de su dulce Carmencita que se le aparece con el mismo gestecillo burlesco de aquel otro momento de su vida que él nunca olvidará...

¡Dichosos los varones ilustres como don Tusciano Perogrullo y Amén, que saben sostener en estos tiempos chabacanos de «jazz-band» y de recortadas melenas, aquella heroica y gallarda leyenda de la Edad Media, de: Por mi dama y por mi Rey...

Don Tusciano, hay que convencerse que tenía madera de héroe y de paladín medioeval. Pero ¡ah, desdicha! no era hombre de este siglo.

IV

Cuando don Tusciano oyó por fin un vozarrón que con marcadísimo acento vasco gritó: «¡Irrún!» dió el respiro de satisfacción, que empañó el cristal de la ventanilla.

Entraba por fin en España, en donde podría hablar a su antojo, sin necesidad de Diccionario, donde estaba seguro de entender y que le entendiesen. Hasta entonces se había sentido como gallina en corral ajeno, o por mejor decir, permitidme esta expresión que define el hecho de un modo concreto: «como pollo español en corral francés».

Y no creáis que existe exageración en este decir, don Tusciano estaba hecho un pollo, todo un pollo de treinta años. Sentía como si la sangre, de cuyas idas y venidas no se había percatado en los cincuenta años de su existencia anterior, corría ahora en oleadas desbordantes, la sentía martillar con golpecitos isócronos en las sienas, en sus muñecas, y sobre todo, sentía en sí tal ardor, tal fuego, que se creía capaz de todas las audacias, y que todos aquellos héroes de antaño, por los que tanto había soñado en aventajarles: «Don Juan Tenorio», «El pollo Tejada», «Valbuena» y «Landrú», habían sufrido un serio desprestigio ante sus ojos. El se creía capaz, no ya de emularlos, sino de superarlos con creces. ¡Oh! ¡Se sentía tan joven! ¡Cuándo en el mundo se hubiese él atrevido a fiñar un ojo con libidinoso gesto a ninguna mujer?... Pues eso, ya lo había hecho él con excelente resultado, por cierto, a una mujer nada bella ni joven. Realmente era otro, absolutamente otro.

Además, no paraba ahí la cosa, había más, mucho más, y esto sí que hacía saltar de gozo a don Tusciano. En su monda cabeza, límpido y pálido desierto de marfil, páramo estéril, había surgido un oasis, es decir, un pelo. El descubrimiento, lo hizo aquella mañana. Don Tusciano llevaba tres días dándose una loción capilar que el propio Voronoff le había recetado como infalible, y su resultado no se había hecho esperar. Aquella mañana, al hacer su «toilette» y ver reflejada su imagen en el espejo, creyó desfallecer de placer ¡en su calva! ¡maravilla de los dioses inmortales! se erguía un pelo! como el mastil de una enseña de victoria en posición conquistada tras duro combate. ¿Sería suyo? Tiró de él con suavidad y el pelo resistió. ¡Era suyo, legítimamente suyo, de su absoluta propiedad y ganado en buena lid!

Don Tusciano atacó un tango milonga con briosa voz de tenorino. ¡Vencía! ¡El mundo era suyo...!

V

Leemos en «La Voz»: **EL SUCESO DE AYER LA PINTORESCA CAZA DE UN DEMENTE EN LA PUERTA DEL SOL**

«Sobre las siete de la tarde del día de ayer, ocurrió un pintoresco suceso en la Puerta del Sol, en el que tuvieron una heroica intervención dos agentes de Seguridad y un lacero del Municipio.

A la mencionada hora, los agentes de servicio en la esquina de la calle de Carretas, Floripondio Gutiérrez de Gómez, y Quintiliano Gómez de Gutiérrez observaron que un señor de mediana edad, decentemente vestido que descendía por la aludida calle de Carretas, al desembocar en la Puerta del Sol, comenzó a caminar a cuatro patas, lo mismo que un cuadrumano y con iguales gesticulaciones que un gorila de las selvas africanas, y como en aquellos momentos cruzase la calle una señora, no mal parecida, el susodicho señor se abalanzó a ella abrazándola brutalemente y dando grandes saltos.

A los gritos de la señora, acudieron los beneméritos agentes antes nombrados, quienes trataron de reducir a la impotencia al alborotado señor; pero éste, dando grandes y cariñosas zarpadas a los agentes, logró desasirse de sus manos y comenzó su tarea amoratoria, abrazando a todo bicho viviente. El escándalo fué mayúsculo. El público, muy numeroso a aquellas horas, se arremolinó, y las señoras víctimas del ardor del señor aquel, daban desconsoladores gritos, no sabemos si de espanto o de qué. Los guardias corrieron tras el demente, pues no cabe la menor duda que tenía sus facultades mentales perturbadas y pretendieron nuevamente echarle el guante.

Pero el gorila aquel, viéndose acorralado, repartía zarpazos a diestro y siniestro, y dando un vigoroso salto, se encaramó a lo alto de una farola de la Puerta desde donde comenzó a guturar frases lascivas y a hacer muecas al numeroso auditorio.

Los dignos guardias, viendo la imposibilidad de detenerle, decidieron, con muy buen acuerdo, recurrir al concurso de un excelente lacero municipal, quien con la destreza de un cow-boy del Far West lanzó magistralmente su lazo y logró capturarlo.

El detenido fué conducido a la presencia del juez de guardia, donde al ser interrogado, manifestó llamarse don Tusciano Perogrullo Amén, jefe del Negociado de segunda clase del Ministerio de la Hacienda pública.

Se ignoran las causas que han podido producir la perturbación de las facultades mentales de dicho señor. El juez ordenó la reclusión del demente en una casa de Salud.

Así decía el periódico: «Se ignoran las causas que hayan podido producir la perturbación mental de dicho señor...»

¡Oh triste epílogo de una odisea de martirio!... ¡Oh ignorancia del vulgo que nada sabe del triste motivo que llevó a don Tusciano a tales extremos.

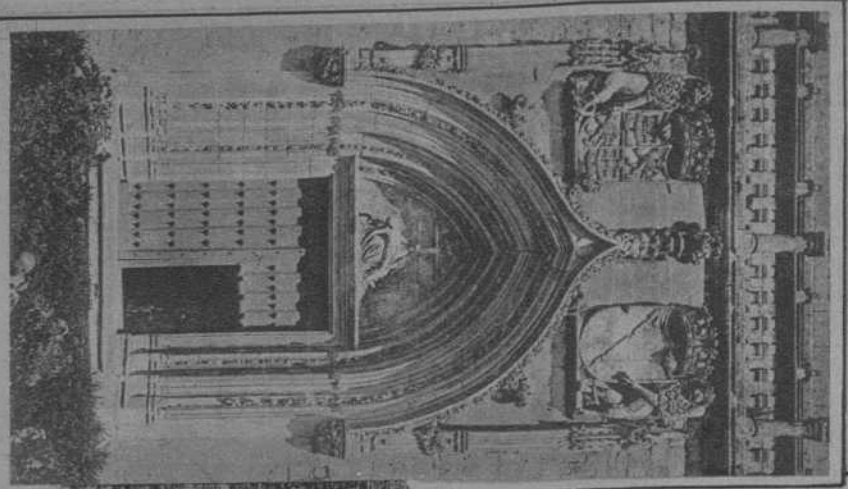
Pero tú, pío lector, que has conocido a nuestro héroe, no ignores nada de su heroica historia capilar.

Don Tusciano Perogrullo Amén, era víctima del Progreso y la Ciencia y la Civilización habían inmolado a aquel ser inocente en aras de sus inhumanos adelantos, dejando a la Hacienda española sin la valiosísima colaboración de aquel excelente burócrata y digno funcionario, que sucumbía en holocausto de la Humanidad... Sí, señor, aquel hombre ecuaníme, aquel modelo de españoles castizos, era víctima... ¡del doctor Voronoff!... Así como suena del doctor Voronoff!...

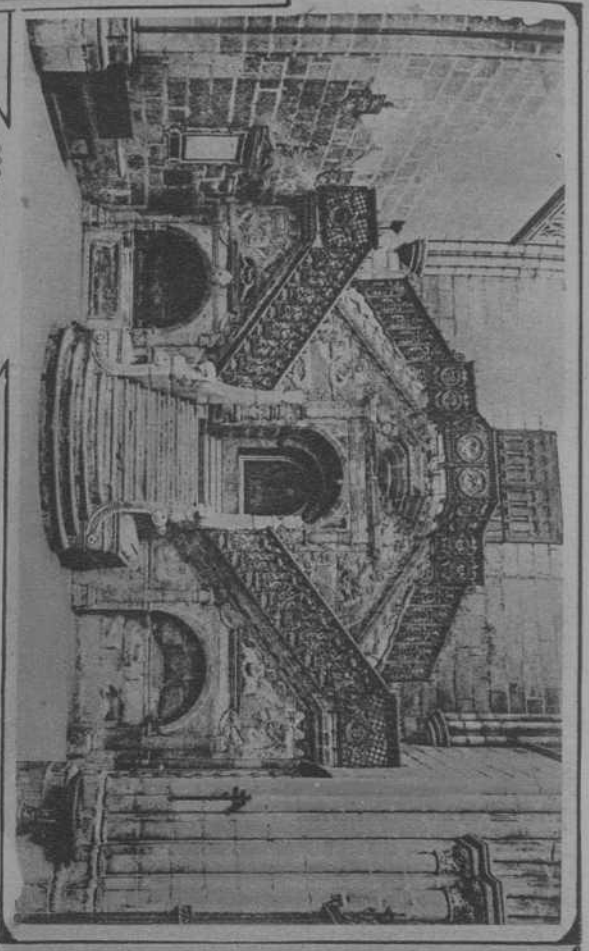
Bajo la mesocrática figura del pobre don Tusciano, vivía una inmensa tragedia, una horripilante tragedia, digna de ser cantada por los grandes poetas, y de ser esculpida en letras de platino...

¡Oh, la Humanidad entera, rendiría el día de mañana el merecido homenaje a este héroe ignorado, que como el «caballero desconocido» moría en el palenque de la Ciencia con gesto heroico...! ¡Una corona de perejil para don Tusciano!... ¡Descuida, noble varón! ¡Tendrás todo el perejil que quieras!...

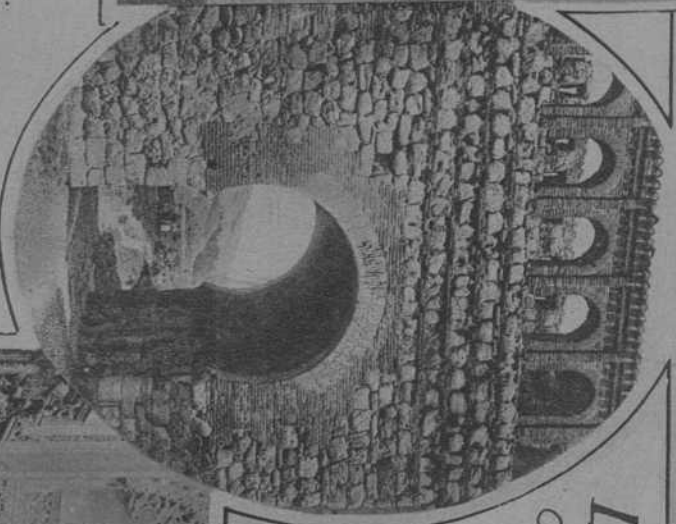
Burgos, la vieja capital castellana, conserva numerosos monumentos de su gran era medieval.



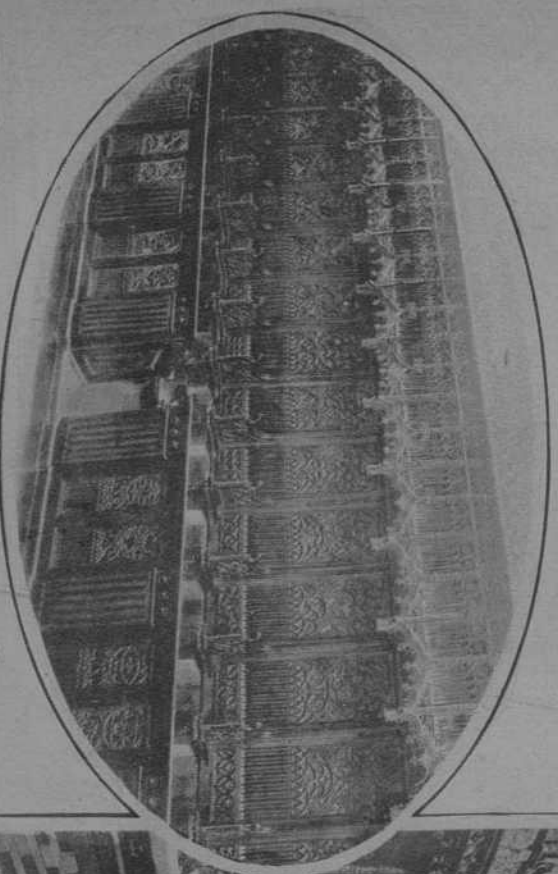
Puerta de la Capilla de la Cartuja de Miraflores.



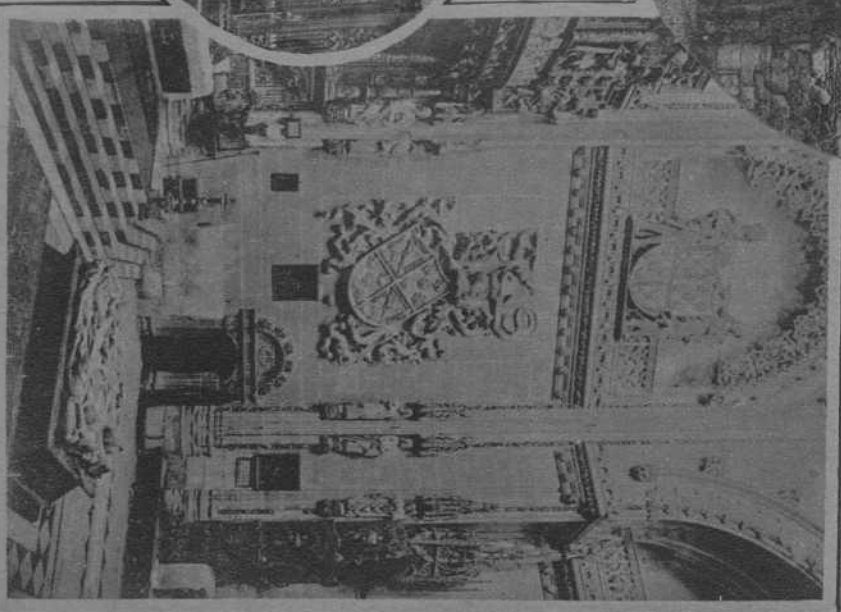
La escalera llamada de la Coronera.



El arco árabe de San Esteban.



La rica sillería del coro.



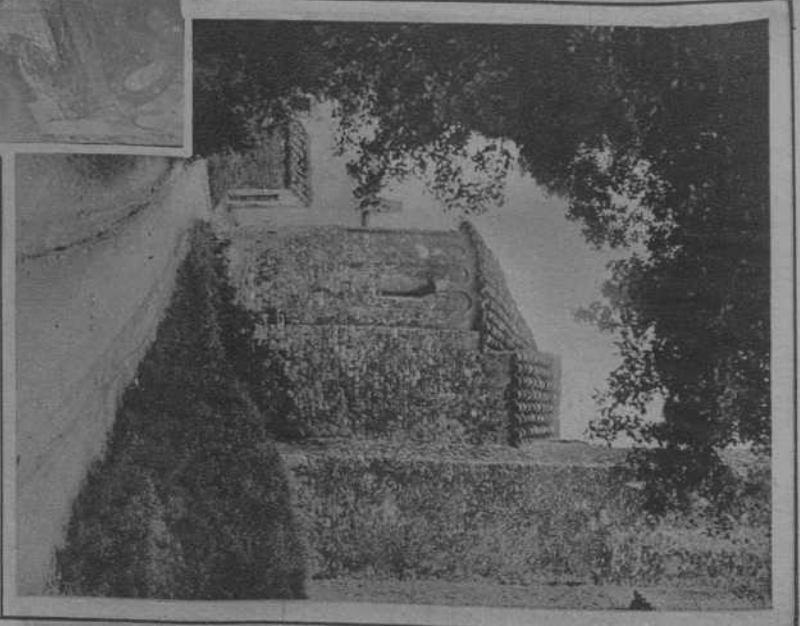
La capilla del Condostable en la Catedral.

Las torres iglesias del Pirineo, gracias a su aislamiento, nos han conservado bajo capas de cal y pegotes de cemento, interesantísimas pinturas murales.

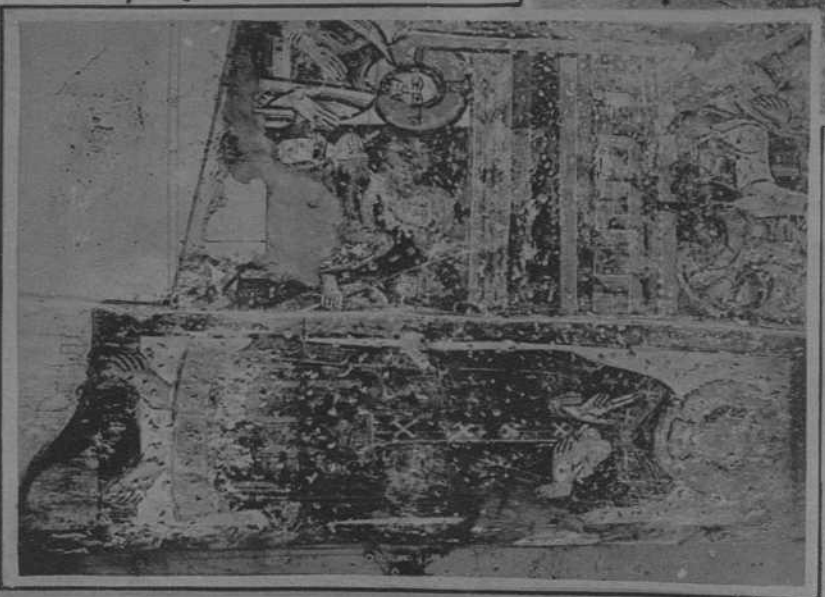
Detalle de las pinturas murales.



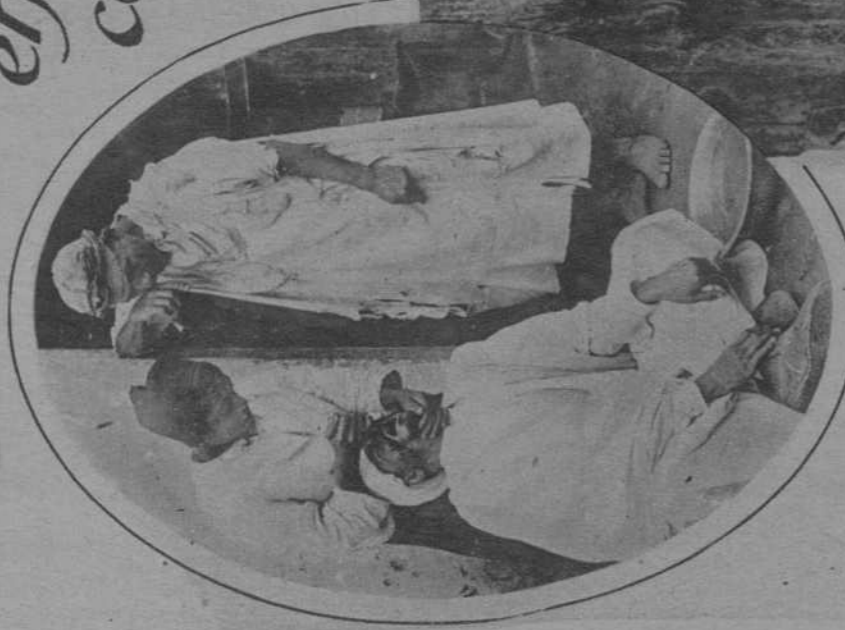
El campario junto al ábside Otro fragmento de pinturas en que se descubren diversas imágenes de factura bizantina.



La iglesia de Polinya: exterior del ábside donde se han encontrado las pinturas.



Las artes y oficios en las calles de Túnez



El sacamuelas ejerce su energética misión a la puerta de su casa.



El encarnador de serpientes también oculta en mitad de la calle.



El barbero no solo afeita la barba sino también la cabeza.



Las salschichas penden a la puerta del cocinero, a la vez muestra y mercancía.



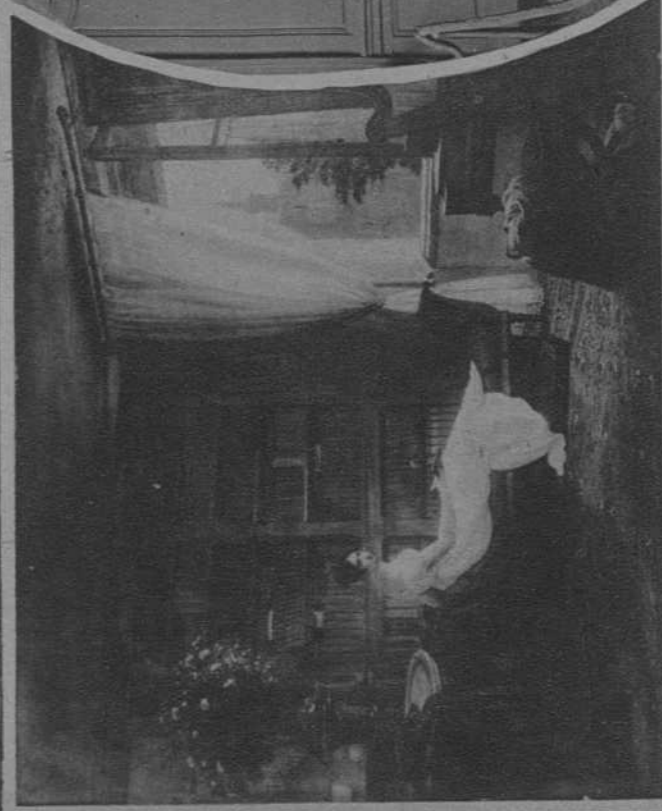
El sonriente agudor reparte el precioso líquido a son de cornopista y muy parcamente.

Un ángulo del salón de Madame Recamier, la amiga de Chateaubriand.

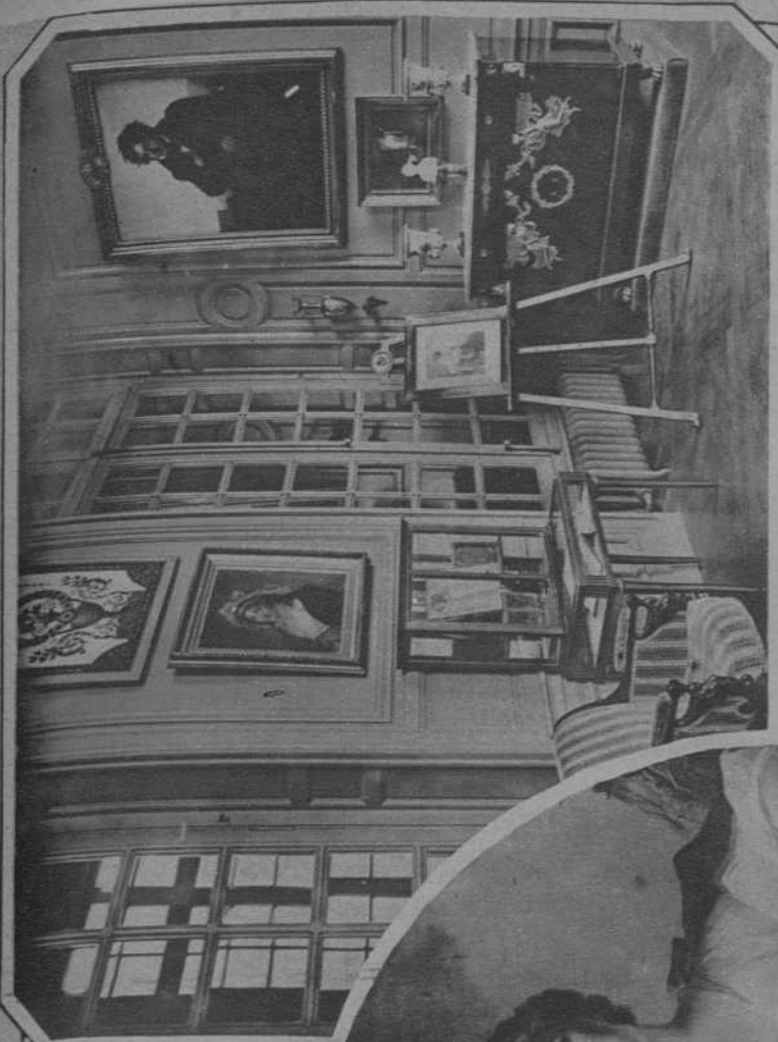
Madame Geoffrin, retratada por Maitier, tuvo un salón célebrísimo al que acudieron los enciclopedistas.

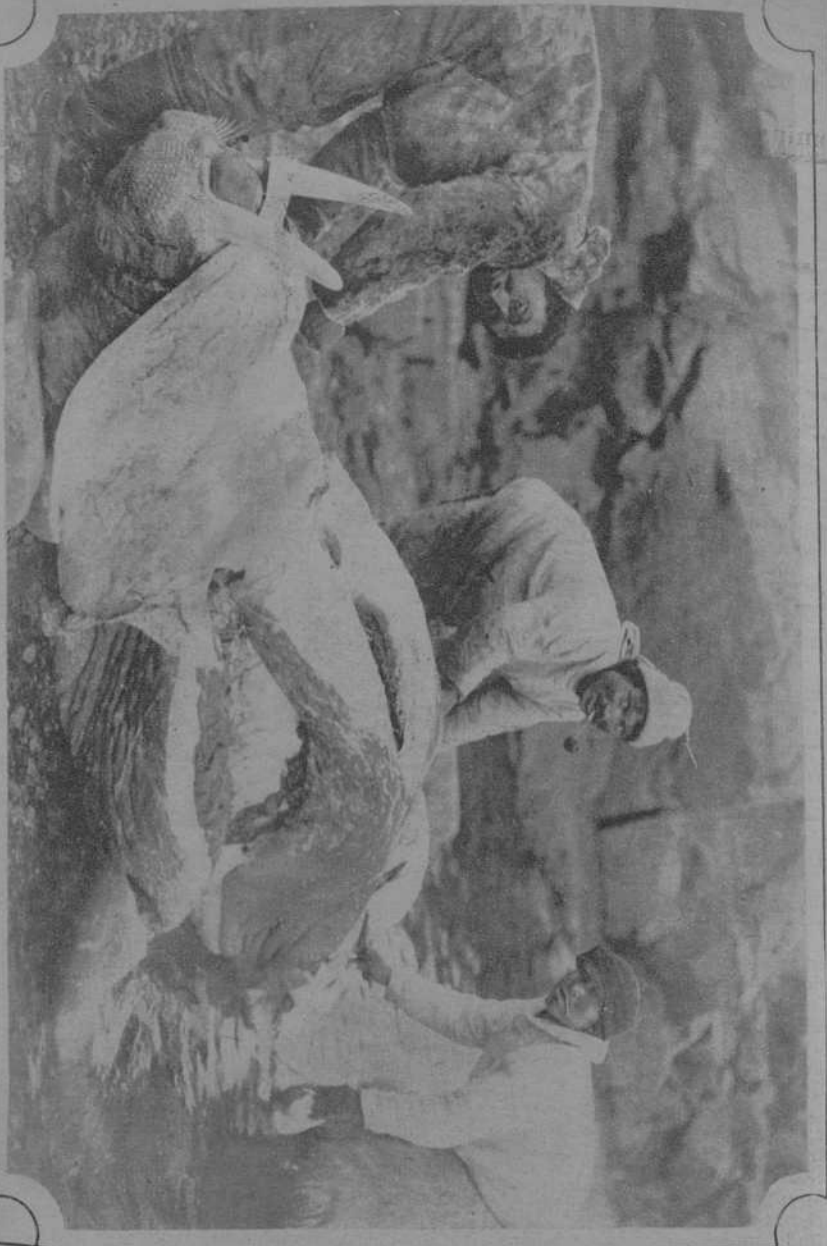


El espíritu de sociabilidad, el arte de la conversación, el "savoir vivre" tuvieron en la Francia del siglo XVIII y principios del XIX un culto ferviente. En estos días, París ha querido recordar su deidad hacia este aspecto de su historia, y ha reconstruido en el Museo Carnavalet, con la máxima propiedad los salones literarios ocho y setecentistas.



El retrato de Madame Recamier por el pintor David.
Otro retrato de Madame Recamier por Steinne.





Esquimales abriendo una morosa de das mil libras de peso

El Comandante yargue Tlac Millar ha regresado recientemente de su expedición a las tierras de Groenlandia. Da-Hir Boy y Labrador, cuyo objeto era descubrir las huellas de los norrnardos que se supone desembarcaron en América antes de Colón. Los expedicionarios han creído descubrir vestigios de cascas de piedra que pueden abonar aquella hipótesis.



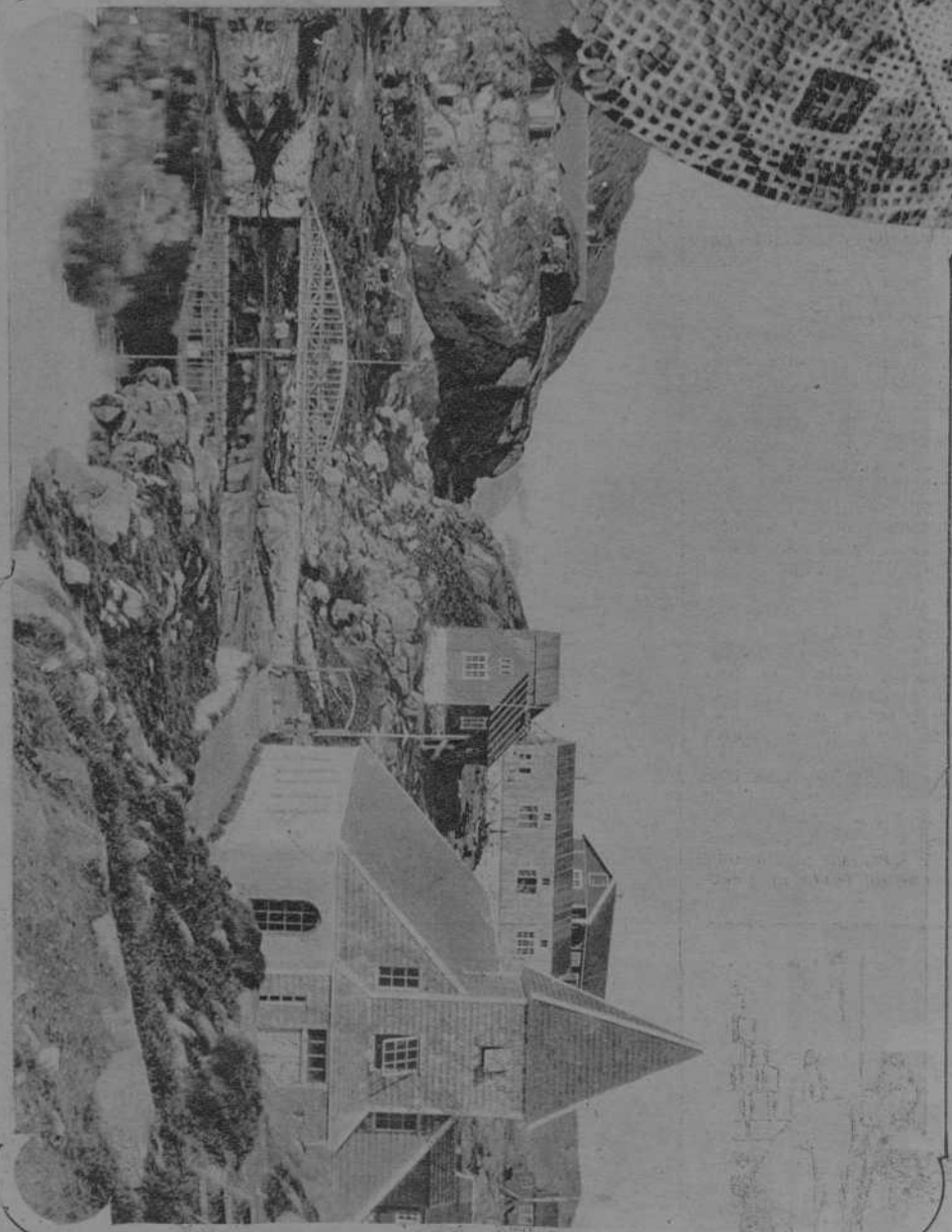
Tlaca mucha cha esquimal con su vestido de fiesta.



Tlaca cha esquimales del Labrador con las muñecas que les han regalado los miembros de la expedición.



Algunos miembros de la expedición, cuyo humor no decae con el frío glacial, locacos con viejos sombreros de señora.



Tlaca aldea típica de Groenlandia, cuyos habitantes viven de la caza y de la pesca.

Johes Mital